

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 811 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 24 DE AGOSTO DE 1907

NUM. 31



LA ESPADA DE HILDEBRANDO

CONCLUSIÓN

—Sí lo era sí lo era—exclamó amargamente el conde;—él dejó salir á mi desgraciado hijo, y por su culpa lo perdí. ¿Puede, por ventura, un padre perdonar esto? ¡Ah! No sabes lo que estás diciendo, hijo mío.

—Señor, puedo probaros lo con-

trario. Sois noble y justo, y en esta feliz Nochebuena...

—Calla, calla, no sabes lo que dices.

Alguien ha impresionado tu tierno corazón contándote esa historia. Los nobles sentimientos que revelas me enorgullecen de que seas mi nieto,



Gente Menuda

pero yo no puedo perdonar al que fué causa de todo lo que sufrí aquella noche. Calla, pues, y olvida lo que nunca debiste saber.

—Abuelo—dijo el joven levantándose y mirando á su abuelo con firmeza,—tengo la prueba de que ese hombre ha sido castigado injustamente.

—¿Cómo has de tener esa prueba si eras un niño cuando ocurrió todo aquello? Vamos, olvida todo eso y déjame dar gracias á Dios que te ha devuelto á mis brazos cuando te creí perdido.

—Oídme primero, abuelo, y después me diréis si tengo ó no razón.

En pocos minutos relató el joven su historia. Oyóla el anciano profundamente conmovido, y cuando hubo terminado, lo estrechó contra su pecho sin pronunciar palabra, y apoyándose en su brazo salieron ambos de la estancia dirigiéndose en silencio hacia la galería encantada.

—Muéstrame el sitio—dijo con temblorosa voz cuando hubieron llegado.

Rodolfo apretó con el dedo la hendedura, pero el entrepaño no se movió. Dirigió una mirada en torno suyo buscando la espada de Hildebrando, que en su sorpresa había dejado caer pocas horas antes, y viéndola en el suelo, á pocos pasos de él, cogióla, apoyó su acerada punta en la hendedura y lentamente se separó el entrepaño, dejando ver la entrada del pasadizo.

Las últimas palabras de Rodolfo, al separarse de sus amigos la noche antes, habían sido citándolos para la mañana siguiente en caso de no volver; pero hasta que su criado entró á despertarle, diciéndole que el patio estaba lleno de niños y de gente de la ciudad venida para verle, no las recordó.

Vistióse apresuradamente, y cogiendo de la mano á su prima Mar-

garita que rebosando de alegría le esperaba, se presentó con ella en la puerta principal del castillo, siendo recibido con una salva de ¡vivas! y aplausos de todos los allí reunidos.

—Mucho os agradezco—dijo dirigiéndose á sus amigos—que hayáis acudido á mi cita. Buen susto os llevaríais anoche creyendo que el duende me había comido. Margarita sabe tan bien como yo que no he visto tal duende y que todo ha sido una broma. Los duendes y las brujas son puras ficciones; en cuanto á la galería encantada, no os digo más sino que yo pienso utilizar la mía para jugar en ella los días de lluvia. Os invito á que vengaís esta tarde á continuar nuestra interrumpida fiesta, advirtiándoos que pienso abrir el baile con una persona que no es ninguna de vosotras. Hasta entonces, adiós, amigos míos—y saludándolos con la mano se entró corriendo, seguido de su prima.

El amplio salón del castillo ofrecía aquella tarde un aspecto pintoresco. No solamente estaban en él reunidos los amigos de Rodolfo, sino los principales señores de la ciudad y todos los servidores y dependientes del castillo, hasta los más humildes, congregados allí por orden especial del conde.

Cuando todos estuvieron reunidos, abriéronse las puertas y entró en el salón el anciano señor de Erlstein, durante tantos años alejado de toda fiesta, apoyado en el brazo del fiel mayordomo que ostentaba de nuevo la librea de la casa.

Después de saludar á los concurrentes con cariñosas palabras de bienvenida, el conde, elevando la voz, dijo:

—Este es mi antiguo amigo y fiel servidor Martín Haussman, á quien muchos de vosotros recordaréis. En un momento de cólera le expulsé de mi servicio, acusándole de una falta que no había cometido. Una providencial circunstancia me ha hecho comprender la injusticia que con él hice.

CAPITÁN.—¿Cuántos están aquí?

JULIO.—Tres, mi capitán.

CAPITÁN.—(A Marcelo y Micaela.)
Sentaos y seguid comiendo. ¿Tenéis alguna queja de los alojados?

MARCELO.—Al contrario, señor capitán, ¡como no la tengan ellos!

CAPITÁN.—¿Tenéis alguna queja vosotros?

JULIO.—Mis compañeros dirán. Yo estoy en casa de mis padres.

CAPITÁN.—¡Ah! ¿Es vuestro hijo? Que me place. Tengo una satisfacción en deciros que teréis un hijo modelo. Los oficiales le estiman y los soldados darían la vida por él. Es la primera vez que escucha estos elogios de mis labios, pero la ocasión lo merece. Yo creo que es una felicidad para un padre saber que su hijo está en un excelente concepto. El será el amparo de vuestra vejez.

MICAELA.—Gracias, señor capitán, gracias por esas palabras que vienen á consolar nuestras penas.

CAPITÁN.—¿Vuestras penas?

JULIO.—Un mal contrato con un avanco los tiene en peligro de perder su hogar: el administrador del señor conde.

CAPITÁN.—Será buena pieza, porque el condesito también es de oro. Si yo tuviera sus riquezas, os sacaría de apuros; pero no poseo más que mi paga. Sin embargo, para premiar la conducta de vuestro hijo, permitidme que os haga un obsequio. (Les da una moneda de oro.)

MARCELO.—¡Señor capitán!

MICAELA.—Dios os bendiga.

JULIO.—Mi capitán...

CAPITÁN.—Basta; no me digáis nada. No vale la pena. Voy á seguir revisitando la compañía. Adiós, adiós. (Vase.)

ESCENA III

MARCELO, MICAELA, JULIO, JUAN
y CANUTITO

JUAN.—Canuto, ¿has visto qué capitancitos gastamos en la compañía? Eso es un hombre generoso.

MICAELA.—Una moneda de oro...

MARCELO.—¿Cuánto valdrá?

CANUTITO.—Dieciséis escudos, ¿no lo estáis viendo?

MICAELA.—¡Ay, señor cadete, los pobres las vemos muy poco, porque de éstas caen pocas en libra!

MARCELO.—Dándole á D. Judas esto á cuenta podremos obtener un respiro.

JUAN.—¿Y os vais á quedar sin nada?

MARCELO.—Lo primero es pagar. Ojalá tuviéramos la cantidad entera para librar nuestra casita.

MICAELA.—A pan y agua ayunaría yo hasta poder pagarla.

JUAN.—Canutito, te toca entrar de guardia. Anda, galán. (Le da las armas.)

CANUTITO.—¡Qué fastidio! (Sale.)

JULIO.—¿Qué idea le habrá dado al padre de este simple de hacerlo soldado?

JUAN.—Ya lo iremos metiendo en vereda.

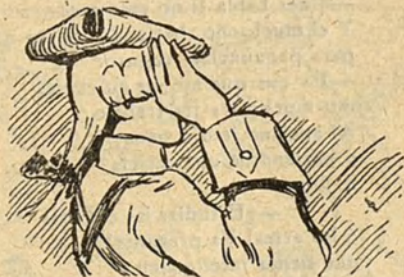
ESCENA IV

MICAELA, MARCELO, JULIO, JUAN
y TOMÁS

TOMÁS.—¡Ave María! ¿Se hace por vida?

JULIO.—Llegáis tarde, tío Tomás

TOMÁS.—Chico, si me lo habían di-



cho y no lo quería creer. ¡Tú por aquí y con los galones de sargento! (Se abrazan.)

Se continuará.



EL TARTAMUDO

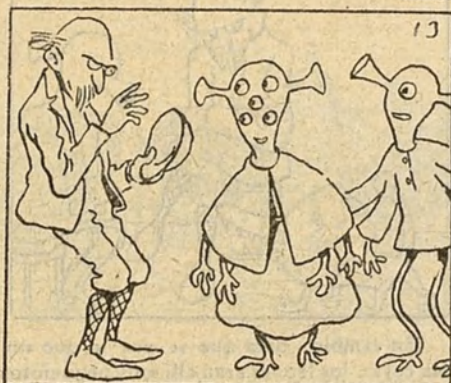
Allá en los antiguos tiempos,
en la renombrada Grecia,
siempre que el pueblo acudía
á la gran plaza de Atenas,
á oír á los oradores
sus más brillantes arengas,
un chico desarrapado,
dejando juegos y fiestas,
iba á escuchar los discursos
mezclado á la gente seria.
Tanto le chocó á la gente
del muchacho la rareza,
que le preguntó un anciano:
—¿Chiquillo, por qué no juegas
como los otros, y vienes
donde el pueblo se congrega?
¿A ti qué te importan estos
asuntos y cosas nuestras?
¿Qué entiendes tú de gobierno
ni de la paz ni la guerra?
¿Te divierten los discursos?
Y el niño con la cabeza
afirmó dos ó tres veces.
—¿Por qué respondes con señas?—
dijo entonces el anciano,—
¿acaso no tienes lengua?
Nueva afirmación del chico
lo mismo que las primeras.
—Pues habla si no eres mudo.
Y el muchacho, haciendo fuerza
para pronunciar, repuso:
—Es que me me cu-cuesta
mu-mucho tra-tra-trabajo.
Al anciano le dió pena,
y haciéndole una caricia,
le dijo:
—¿Estudias las ciencias
ó las artes? Ya presumo
que tienes inteligencia,
cuando gustas de discursos
en la corta edad que cuentas.
¿Qué vas á ser?
Y el muchacho
respondió con ligereza:

—¡Orador!
—¿Pero estás loco?
¿Orador con esa lengua?
Y todos los que le oyeron
rieron á boca llena.
Se fué el muchacho corrido
de aquella risa tremenda,
casi descorazonado
y fué á una playa desierta,
y como allí no le oían
y no le daba vergüenza
de hablar tartamudeando,
comenzó á exhalar sus quejas,
entre el rumor de las olas
que rompían en las peñas.
Oyó el niño con asombro
su propia voz que era recia,
y sonora y parecida
á la que oyó en las arengas,
y desde entonces solía
pasarse allí horas enteras,
arengando al mar y al viento
con gran énfasis y fuerza.
Un día ideó meterse
en la boca algunas piedras
menudas que el oleaje
dejaba sobre la arena,
y haciendo esfuerzos titánicos
llegó á pronunciar con ellas
las palabras que quería,
logrando de esta manera,
á fuerza de gran constancia,
dominar la resistencia
de su boca y hablar claro,
fuerte y con lengua bien suelta.
Buscó entonces al anciano,
le dió de sus trazas cuenta,
y con asombro de todos
llegó á tener elocuencia.
Aquel niño era Demóstenes
que consiguió fama eterna,
pues fué de los oradores
más famosos de la tierra.

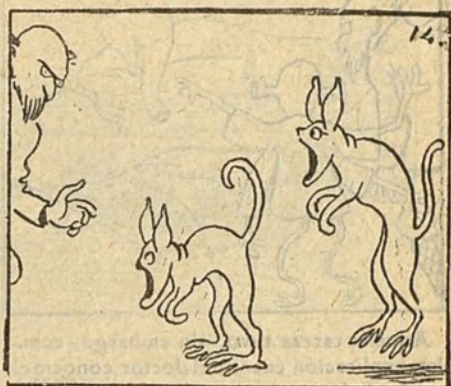
Ch.

UN VIAJE AL PLANETA JÚPITER

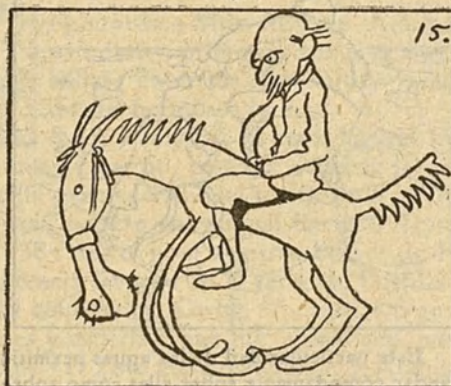
CONTINUACIÓN



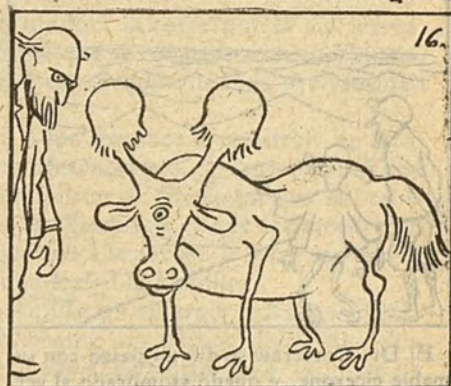
El extraño habitante de Júpiter no tardó en presentar al Dr. Corscrew á su señora esposa, que era toda ojos.



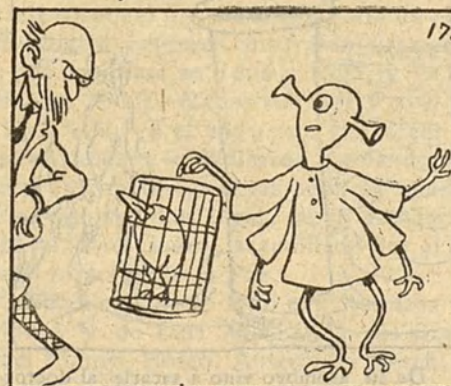
Una vez presentado el matrimonio, le fué dando á conocer las curiosidades del país. Los perros eran de la forma de los kanguros.



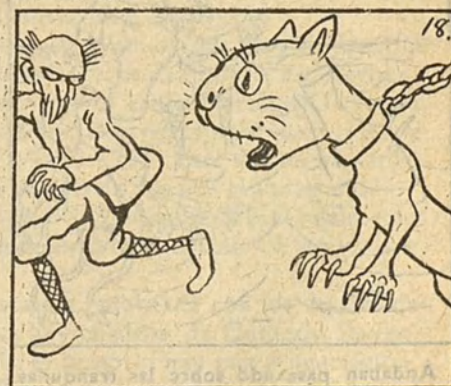
Los caballos tenían las patas dispuestas de tal manera, que sobre ellos, como sobre los que venden en nuestros bazares, se balanceaba el jinete.



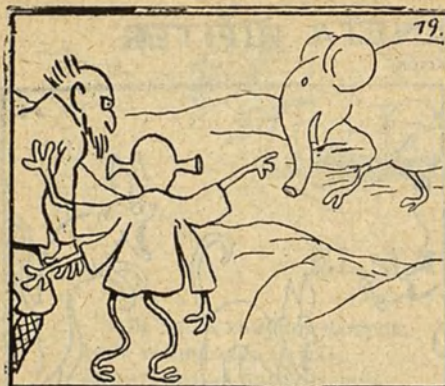
Después le enseñó un ejemplar de la raza bovina. Allí los toros tienen en la punta de los cuernos una bolas naturales para no hacer daño.



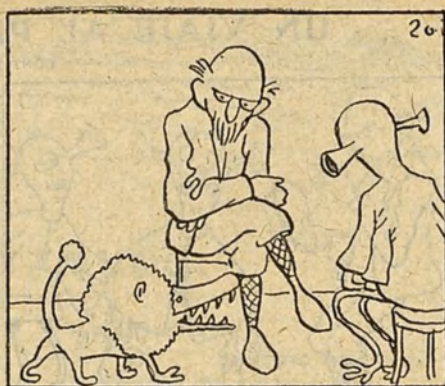
Llamáronle extraordinariamente la atención los pájaros por su forma. Eran un huevo grande con pico, sin pluma ninguna



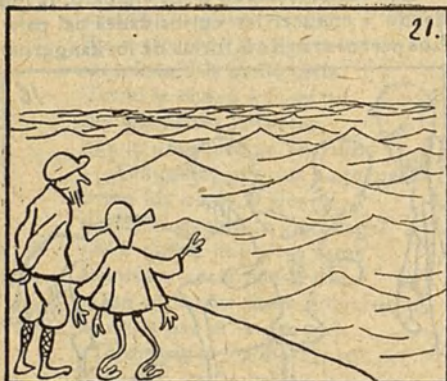
Un animal, doméstico entre nosotros, halló en estado salvaje y de un tamaño desmesurado; este terrible animal era el gato.



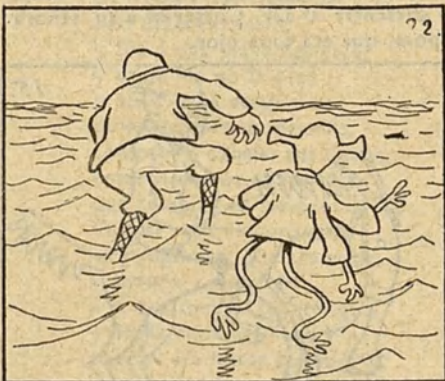
Aquella rareza tuvo, sin embargo, completa explicación cuando el doctor conoció el tamaño de los ratones que por allá se estilan.



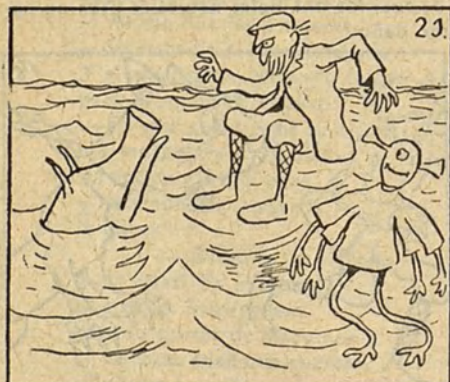
En cambio, para que se vea lo que son las cosas, los leones eran allí muy pequeñitos y tenían un hociquillo largo como cocodrilos.



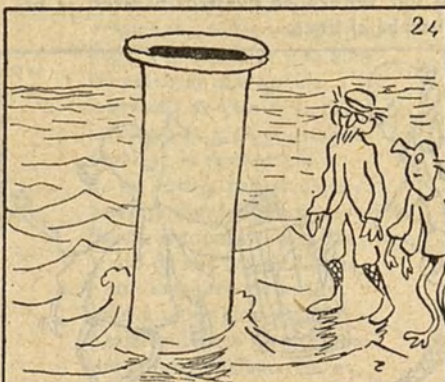
El Dr. Corscrew se dió un paseo con su amable cicerone, y quedó asombrado al ver el mar, que era denso y espeso como si fuera de plomo.



Esta particularidad de las aguas permitía andar cómodamente sobre ellas como sobre una alfombra, por mejor decir, sobre un colchón.

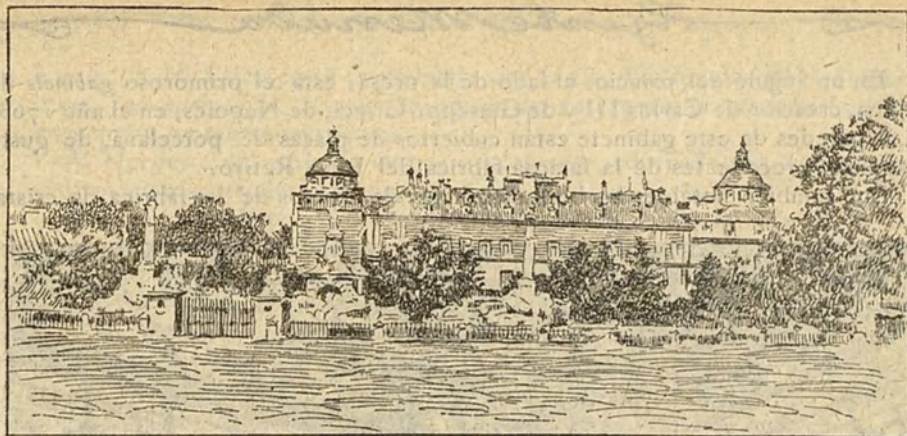


Andaban paseando sobre las tranquilas ondas, cuando de pronto vieron asomar á su superficie la cabeza de un pez: parecía un cerdo.



De su asombro vino á sacarle al doctor un gran rugido, después del cual surgió de las aguas como por encanto un enorme tubo.

Continuará.



PALACIO REAL DE ARANJUEZ

LOS SITIOS REALES. ARANJUEZ

El pintoresco Sitio Real de Aranjuez, unido á la corte por la vía férrea, uno de los primeros trozos de ferrocarril que se construyeron en España, hállase entre los ríos Tajo y Jarama, á cuyas aguas debe la frondosidad de sus hermosos jardines.

La amenidad de estos lugares llevó á los romanos á construir en ellos quintas de recreo, como lo prueban las ruinas descubiertas, y durante la Edad Media perteneció aquel territorio á la Orden militar de Santiago, que allí tenía un gran palacio conventual llamado *Aranzuel* ó *Aranzueje*, y que fué construído en 1387 por el gran maestre Suárez de Figueroa. Llamábase *la Isla* cuando fué residencia favorita de la reina de Castilla doña Isabel la Católica.

El emperador Carlos V construyó en Aranjuez un albergue para las excursiones y cacerías, que fué agrandado notablemente en tiempo de su hijo don Felipe II. Este monarca hizo ir á Aranjuez á sus arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, el famoso constructor de San Lorenzo de El Escorial, y les encomendó las obras de mejoramiento. Al propio tiempo se ocupó en aumentar y hermosear aquellos frondosos bosques, y al efecto hizo traer de Inglaterra los olmos (*ulmus nigra*), entonces desconocidos en España, y acabó por elevar aquel lugar á la categoría de residencia Real en 1575.

El palacio entonces construído fué pasto de las llamas, que lo destruyeron casi por completo en 1660 y 1665, y el primer rey de la dinastía de Borbón, Felipe V, le hizo reconstruir por Pedro Caro, en el estilo francés de la época de Luis XIV, en el año 1727. Un tercer incendio devastó el palacio en 1748, y á su restauración se dedicaron Fernando VI y Carlos III. Este último monarca, gran protector de las obras públicas, añadió al palacio sus dos grandes alas.

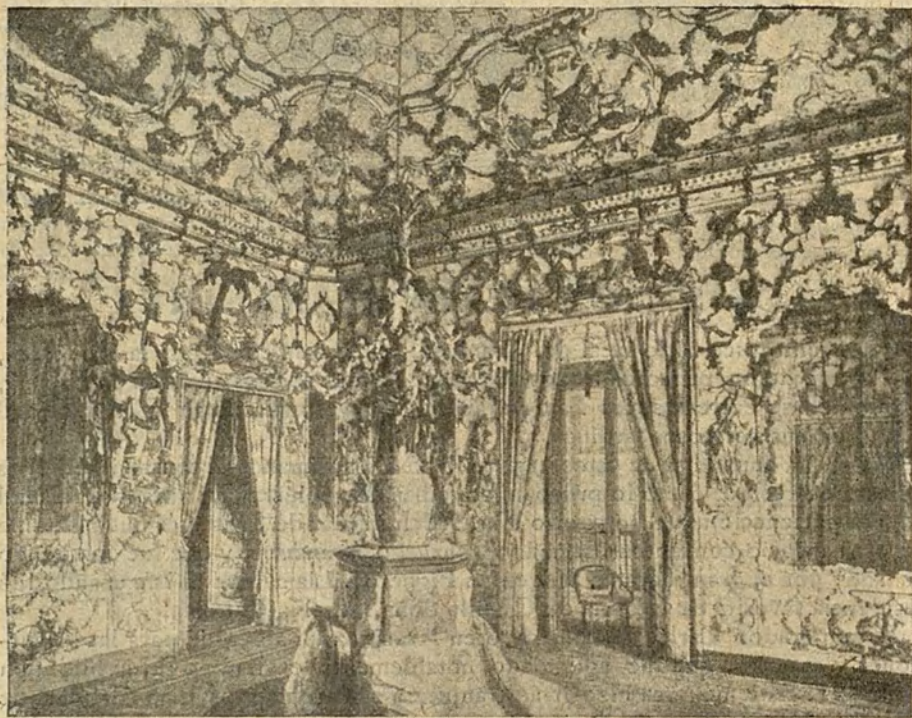
En Aranjuez tuvo lugar, en 19 de Marzo de 1808, aquel célebre motín contra el ministro Godoy, acaudillado por el conde de Montijo, que fué tan funesto para el príncipe de la Paz.

Encierra el Palacio Real una hermosa escalera, adornada con los bustos de Felipe V y de Luis XIV, y en sus salones hay cuadros de Conrado Bayen, Rafael Mengs, Bosco, Aniconi y Bosch. En el oratorio hay una Anunciación, atribuída á Ticiano, un crucifijo de marfil y un mosaico romano, regalo del Papa Pío IX á la reina doña Isabel II.

Gente Menuda

En un ángulo del palacio, al lado de la presa, está el primoroso *gabinete* de china, creación de Carlos III y de Giuseppe Grieci, de Nápoles, en el año 1763. Las paredes de este gabinete están cubiertas de placas de porcelana, de gusto japonés, procedentes de la famosa fábrica del Buen Retiro.

Son también notables las hermosas lunas de espejos de la fábrica de cristal



SALÓN JAPONÉS, DEL PALACIO REAL

de La Granja, y la araña de una sola pieza. El techo de la sala de fumar es una reproducción del de la sala de *Dos Hermanas*, del alcázar de la Alhambra.

En la antecámara figura el cuadro de Espalter *El suspiro del moro*. El comedor está decorado con escenas de la vida de José.

Tanto el parterre que se halla delante del Palacio Real, como la calle de las Estatuas, al Sur del edificio, están adornados con ricos macizos de rosas y bojés cortados en variedad de formas, y con bustos y estatuas de emperadores y emperatrices romanos, así como con hermosos jarrones de mármol y fuentes monumentales. A la entrada se encuentra la fuente de Hércules, que representa los famosos trabajos de este semidiós del paganismo.

Por el camino que sigue la línea del Tajo, y atravesando la ría, se llega al *Jardín de la Isla*, que es el principal de Aranjuez, cuya construcción se debe á Felipe II. Es muy notable la magnífica avenida de plátanos que sigue el curso del río, llamada calle de los Reyes Católicos. En la extremidad de esta calle, la fuente de *Baco*, y por la calle de la Alhambra se llega á la de *Neptuno*. En la extremidad del Jardín de la Isla, y al fin de la calle de Boabdil, está la isleta,

Gente Menuda

á la orilla del Tajo, en su confluencia con la ría. Las fuentes de la Doncella y otras, los *burladores*, juegos de aguas de sorpresa y la cascada de la ría se encuentran en tan amenos sitios.

Al Nordeste del parterre un puente colgante, adornado con cuatro estatuas y otros tantos jarrones, atraviesa el Tajo.

Volviendo al Este por la orilla del río se encuentra la calle de la Reina, magnífica avenida de olmos y plátanos que bordea el jardín del Príncipe, y sigue por el valle del Tajo hasta una distancia de cinco kilómetros. Una vista de este paisaje, pintada por el gran Velázquez, figura en el Museo del Prado.

A una media hora de camino se encuentra la entrada de la *Casa del Labrador*, construída por el rey D. Carlos IV en 1803. Se compone de un edificio central flanqueado de dos alas. En el medio de la fachada principal se ve una fuente con tres figuras alegóricas: la Sed, la Envidia y el Hambre.

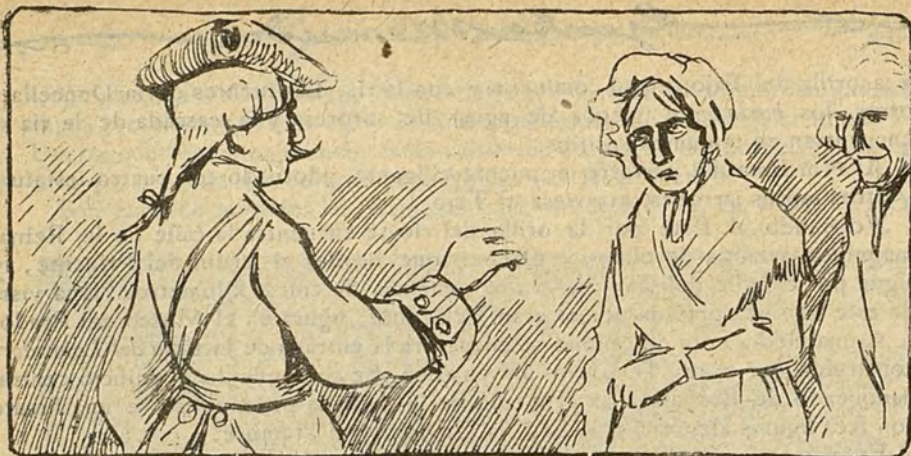
En el interior de la llamada Casa del Labrador, hay una soberbia escalera que conduce á 18 salas del primer piso, en cada una de las cuales existe algo notable que admirar.

La casa de Oficios y Caballeros es un semipalacio construído sobre planos



PASEO DE LOS REYES CATOLICOS

de Juan de Herrera, y terminado en 1766. La capilla Real la encomendó Felipe II á Juan Bautista de Toledo. La iglesia parroquial se terminó en 1749 bajo la dirección de D. Santiago Bonavit. El hospital de San Carlos y el teatro son obras, respectivamente, de los años 1776 y 1777.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL DESERTOR

Continuación.

ACTO II

La misma decoración del acto anterior; MICAELA, MARCELO, JULIO, JUAN y CANUTITO están acabando de comer en torno de una mesita pequeña.

ESCENA PRIMERA

JUAN.—Y ahora vaya un trago á la salud de los padres de nuestro sargento. Echa un bridis, Canutito.

CANUTITO.—Yo no sé brindar.

JUAN.—Si estuvieras en un gran banquete de señorío, puede que supieras.

CANUTITO.—Tampoco.

JUAN.—Puede que tengas razón, porque cuidado que eres pavo, hijo de mi alma.

JULIO.—Déjale en paz. ¡Ambién tú la has tomado con él.

JUAN.—Si es para que aprenda. Mira, Canutito, fijate y verás cómo se brinda.

CANUTITO.—Tú con tal de beber serías capaz de brindar por el moro Muza.

JUAN.—Cualquiera diría que me has visto borracho muchas veces, pimpollo.

CANUTITO.—No digo que te embriagues, sino que bebas.

JUAN.—Que diga el sargento si

alguna vez me ha visto á mí beodo: nadie en el mundo.

MARCELO.—¡Ea, venga ese brindis!

JULIO.—¡Venga!

JUAN.—Vaya. ¡A la salud de los patrones, un traguito; porque Dios haga que se les arreglen sus negocios, otro traguito; porque á Julio le veamos un día coronel de granaderos, dos traguitos...!

CANUTITO.—Qué largo te va á salir el brindis.

JUAN.—Calla, mi niño, que ya concluyo; y porque Canutito se despabile y no sea lila, otro traguito.

MICAELA.—Y porque Dios premie a Juan lo bueno que ha sido para nosotros...

JULIO.—Eso sí es verdad.

JUAN.—(Llaman á la puerta.) ¿Quién vendrá á molestar? (Va á ver quién llama.) ¡Camará! El capitán. (Todos se levantan.)

ESCENA II

DICHOS y el CAPITÁN VELASCO

JULIO, JUAN y CANUTITO.—A la orden, mi capitán.

JULIO.—(El capitán entra en la casa.) No hay novedad, mi capitán.



Gente Menuda

El ha soportado con cristiana resignación este inmerecido castigo, y yo quiero á mi vez reparar el daño que le causé entonces recibéndole hoy de nuevo en mi castillo y rehabilitándole en el puesto de primer mayordomo que ocupaba antes.

El lema que mi glorioso antepasado el conde Hildebrando hizo grabar en su espada era éste: *No haré mal que no sea para bien*. Quiera Dios que esta máxima sirva de guía á nuestras acciones en esta vida.

Calló el conde, y á una señal de

Margarita la música empezó á tocar una contradanza.

La animación y la alegría reinaron bien pronto entre la infantil concurrencia.

Rodolfo se dirigió presuroso hacia un extremo del salón desde donde Guillermina contemplaba con asombro y admiración aquel cuadro, para ella completamente nuevo, y cogiéndola de la mano, la dijo sonriendo:

—Ven, Guillermina, quiero cumplir la promesa que te hice de bailar contigo esta noche.

A. S. R.





LOS QUEHACERES DE SARITA

Hoy, de prisa y corriendo, les voy a decir á ustedes todo lo referente á las labores, para poder contarlas otras cosas.

Estos días sólo he hecho cubrebandejas y servilletitas pequeñas. Unas son en *etamine* muy finita, bordadas de sedas lavables. Otras son de *granité*, y llevan incrustaciones de satén brillante y lavable también. Realmente son laborcitas de escasa importancia, aunque bastante bonitas, según pueden ustedes juzgar por sí mismas.

Ahora permítanme dar un suspiro muy fuerte, y decir: ¡¡Ay!! ¡¡Gracias á Dios!!

Sí, señor, ya he terminado mis tareas; ya se acabaron las prisas y los ratos afanosos. Estas servilletitas son el *punto final* de todos los afanes. Porque mi hermanita ya tiene todo preparado y se casa la semana próxima. ¡Anda! Ya me parece estar viendo á todas las lectoras con *la mar* de ganitas de que las cuente muchas cosas de este asunto.

Muchas, muchas no podré decir, pero algunas sí.

Su novio la ha regalado una porción de cosas. Pendientes, pulseras, imperdibles. También la ha comprado varios trajes, pero no sé si me arreglaré á explicarlos. El de novia es blanco, de una tela que no sé cómo se llama, y que es así... muy caída... no me sé explicar. Dicen que así son las sedas de moda, que no sean *tiesas*. El traje es precioso, aunque á mí me parece que la está demasiado largo por todas partes... Dicen que así es la moda... ¡bueno, Señor! ¡Qué modas! Yo estoy viendo que se le va á pisar y se va á caer; está mi hermana preciosa con ese traje. Tiene otro azul marino, otro de terciopelo negro. ¡Uf! Con sólo decir terciopelo ya está una sudando á mares. Hay otro traje de baile, de color azul muy clarito, con mariposas bordadas en sedas. Otro vestido gris y el de viaje, que es de piqué blanco, y ¡anda, salero!, lo que á los trajes buenos les

Gente Menuda

sobra en las faldas, le falta á éste, que la llega hasta el tobillo; esto es lo elegante, ¡vaya por Dios con las elegancias!

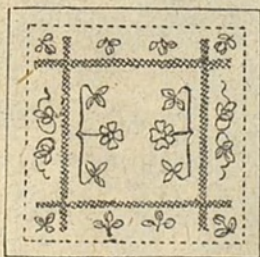
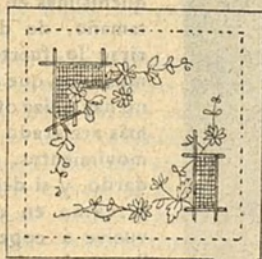
Mis papás la han comprado qué sé yo cuantas cosas, entre ellas una caja muy grande, muy grande, con muchos cubiertos de plata. Además ha tenido una porción de regalos. ¡Cuántos bibelots! ¡Cuántos juguetillos! ¡Esos si que me gustan, y de buenísima gana me quedaría con ellos! De todo lo que tiene mi hermana sólo dos cosas me dan deseos de tener yo: esos muñequillos y... la cola de los vestidos. Debe ser muy bonito llevar un traje que arrastre mucho... mucho; pero por detrás solamentè, porque el otro día probé con una falda de mamá á ponerme traje largo, y por detrás muy bien, pero lo que es por delante y por los lados, ¡Jesús, qué incomodidad! Ya verán ustedes cómo acierto en lo que antes dije, y se cae rodando la novia por los escalones del altar.

Ahora yo tengo una contrariedad muy grande porque no me dejan llevar á la boda á mis hijitos, y tengo que dejarlos en casa todo el día; naturalmente que esto me tiene disgustadísima, y no voy á estar tranquila, pero no tengo más remedio que ceder, no me queda otro recurso. Como irán otras dos niñas y *mi médico*, vamos, el niño del segundo, de que tienen ustedes noticia, no lo pasará tan mal, aunque el recuerdo de los niños me mortifique algo.

Ahora sólo me queda decir *adiós* á mis amiguitas de GENTE MENUDA para una temporadita, porque como ya no tengo el pretexto de las labores para venir á hablar con ellas, no sé si me dejarán que lo haga. Pero consten dos cosas: una, que las quiero mucho á todas, y que estoy muy agradecida á la paciencia con que me han escuchado, y á que no me han descubierto ninguno de los secretos que les he confiado, y otra, que en cuanto tenga la menor ocasión vendré á reanudar estos ratitos tan agradables para mí.

Conque adiós... v no olvidar á Sarita.

M. DE A. OSSORIO Y GALLARDO



EL MARTIN PESCADOR

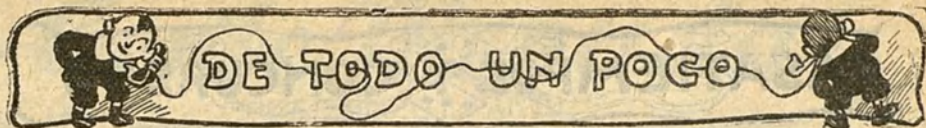


Este pájaro es el alción de que hablaba Aristóteles, y que algunos naturalistas creían era una raza desaparecida. De él dice el conde de Buffon: «Es el más bello pájaro de nuestro clima, no pudiéndosele comparar ningún otro en Europa por lo puro, rico y brillante de sus colores. Aunque originario de los más cálidos climas, se acostumbra á la temperatura del nuestro, y suele vérselo en invierno zambullirse bajo el hielo para perseguir su presa, porque como su nombre vulgar indica, se alimenta de peces.»

Es rápido y corto su vuelo, y sigue de ordinario las corrientes de los ríos, rozando la superficie del agua con frecuencia; permanece inmóvil sobre alguna rama adelantada sobre el agua, hasta el momento de lanzarse á ella, para salir al cabo de algunos segundos con un pececillo en el pico. Otras veces espera sobre una piedra, y también detiene el vuelo en ocasiones, y se precipita de pronto en la corriente.

Anida en la orilla de los ríos ó de los arroyos, en los agujeros que hicieron las ratas de agua ó los cangrejos, los cuales agujeros hace más profundos y estrecha su abertura.

Es raro que teniendo este pájaro tan rápido y resistente vuelo no posea extendidas alas, pues éstas son, por el contrario, pequeñas en proporción de su tamaño, de donde puede inferirse lo fuertes que serán los músculos que las mueven, pues no hay quizá otro pájaro de vuelo más acelerado ni de más rápidos movimientos. Parte como un dardo, y si deja caer un pez de la rama en que está posado, vuelve á cogerle antes de que llegue al suelo.



UNA MODA INTRODUCIDA POR UN PERRO

Se cuenta que algún tiempo antes de morir la emperatriz Isabel de Austria, quiso dar un gran paseo por la campiña, y salió acompañada de las señoras de su servidumbre. Hacía mucho calor aquel día, por lo que la emperatriz entró á descansar un rato en una pequeña granja, y quitándose su elegantísimo sombrero, lo dejó sobre una silla. Mientras la soberana y su acompañamiento visitaban las dependencias de aquella casa de campo, un perrillo pequeño que andaba por allí se apoderó del sombrero y jugando con él lo hizo trizas.

Cuando se dieron cuenta de la fechoría del can todas las señoras del acompañamiento de S. M. imperial, se apresuraron á ofrecerla sus sombreros; pero la emperatriz no los aceptó y optó por regresar á Viena sin nada á la cabeza.

Las damas vienesas, que como las de todas partes gustan de imitar á sus soberanas, creyeron que se trataba de una nueva moda y estuvieron saliendo á paseo sin sombrero una larga temporada, hasta que se fueron enterando de que la tal moda no era debida á la emperatriz de Austria, sino al perro de unos labradores humildes.

A TODO HAY QUIEN GANE

—En mi tierra— contaba un marsellés, gran amigo de exageraciones y mentiras—no se pueden cazar las liebres con galgos.

—¿Por qué razón, compadre?—le preguntó un andaluz que le escuchaba.

—Pues por una muy sencilla: porque los animalitos se revientan á correr sin poder alcanzarlas.

—Serán muy flojos los galgos de esa tierra.

—No consiste en eso, sino en que las liebres tienen ocho patas: cuatro como las de todas partes y otras cuatro en el lomo, y cuando ya están muy cansadas de correr con las de abajo, dan una voltereta y comienzan á correr con las de arriba.

—En mi tierra—contestó entonces el andaluz algo picado—también tenemos de esas liebres de ocho patas, pero no las vale, porque nuestros galgos las atrapan.



—¿Y cómo es eso?

—Muy sencillo: atamos dos perros por el lomo, y cuando se cansa el de abajo se vuelve y corre el de arriba?

RECLAMO VIVIENTE

Sabida es la especialidad que los yanquis tienen para los anuncios y reclamos, pero á pesar de ser á todos notoria esta especialidad, ha llamado poderosamente la atención la última creación de un empresario norte-americano.

Cuentan que M. Russell, director del Imperial Theater, de San Luis, hizo poner en todas las calles de la ciudad un anuncio, solitando, para antes del mediodía, quinientos gatos vivos, á cambio de otras tantas entradas de favor para su teatro.

A las once de la mañana C. Russell tenía en su poder los quinientos animalitos. Dió orden de cerrar las puertas del teatro y mandó atar al cuello de cada uno de sus prisioneros una cinta encarnada con un tarjetón que decía: «El lunes pieza sensacional: ¡La mano de gato!»

Hecho esto, se abrieron las puertas y se dejó en plena libertad á los cautivos, que salieron corriendo por toda la ciudad con un estrépito de mil diablos.

El anuncio hizo su efecto y el teatro Imperial tuvo mucho lleno.

UN RELOJ QUE SE PARA A LA VOZ

Un amigo nuestro pide un reloj á cualquiera, y tomándolo cuidadosamente en la mano dice que lo va á parar á la voz. Lo acerca á los oídos de las personas que le escuchan para que vean, ó mejor dicho, oigan que está marchando y de repente grita: «alto». Entonces vuelve á acercarlo al oído de los presentes, y en efecto está parado.

«Adelante: marchen», vuelve á gritar y el reloj vuelve á ponerse en movimiento.

Nuestro amigo nos ha referido con el mayor secreto el procedimiento que emplea para este prodigio.

Lleva en una mano un imán, y cada vez que quiere que el reloj se pare lo coge con aquella mano, y en cuanto lo toma con la otra que no tiene el imán, el reloj vuelve á andar como si tal cosa.

PASATIEMPOS Y CONCURSOS

TRUIGA DE CONSONANTES

A . u . i . i . a . a . i . a . l . e . e
 e . i . o . E . i . u . e . a . e . e . o
 . u e . e . . . o . e . e . . o . i . e . e
 . u . . u a . . a . i . o . u . e . e . e . o
 . i . e . e . u . . a . a . ó .
 . u a . . o . e . . o . a . i . a . E . i . u . e . a
 . o . u e . u . o . i o . a . ó .
 e . o . j . i a . e . e . e . a

CHARADAS

Con *prima-dos-tres* casó
 todo Cabeza de Vaca;
 ella, muy *prima-tercera*;
 él, un poco *prima-cuarta*,
 mas *cuatro dos prima-dos*
 al marido su arrogancia,
 que le salió su costilla
 tan soberbia y haragana,
 y tan dada á chicoleos
 y tan amiga de zambras,
 que el propio Job, si viviera,
 de fijo no la aguantara.
 Entre tanto, el pobre *todo*
 noche y día se pasaba
 murmurando. «¡Yo la mato
 á esta infame deslenguada,
 la zambullo en la *tercera*,
 ó en la *cuatro-tres* se baña;
 yo haré ver al mundo entero
 que soy cabeza de casa.»
 Se equivocó; siempre fué
 todo Cabeza de Vaca.

Me dieron en un banquete
 gallo muerto con arroz.
 y como tenía *todo*,
tercera primera-dos.

—¿Sabes tú, querido Andrés,
 de dónde es *tercia-primer*.
 el *prima-dos* y *tercera*?
 —Sí lo sé: de *prima-tres*.

Prima-dos, *tercera* y *cuarta*
 letras son, lectora amada.

.....
 ¿Quieres saber que es el *todo*?
 Pues... nada.

—Padre, ¿voy a coger *todo*?
Dos, *prima-tercia*, que hay lodo.

COMBINACION

Combinando bien *seis* letras
 seis palabras hallarás:
 la primera, paso largo;
 la segunda, es en plural
 un tiempo de cierto verbo:
 la tercia, sabe cantar;
 la cuarta, un infinitivo;
 la quinta, oposición da,
 y la sexta, un hombre ilustre
 víctima de un criminal.

ACERTIJO CHARADISTICO

Hallar tres sílabas, las cuales, según se
 combinen, formen tres palabras que expre-
 sen: Vegetación inculta, salud, y nombre
 de poblaciones vascongadas.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

Al *enigma*:

Mitad de santos. **SANDIOS** *Todo.*
 SAN DIOS

A la pregunta histórica: A-GIL-A.

Al paralelogramo:

GALENO
 RATERO
 COCINA
 CABEZA
 BARATA
 JENARA

A la tarjeta mágica:

ROSA
 OLOT
 MATA
 ASAR

Al logogrifo numérico:

NAPOLLES
 SOLAPA
 APOLO
 LANA
 SOL
 NO
 L

A las charadas: Anteojos. Estoque. Ca-
 fetera.